



Niños y niñas inmaduros, infantiles y sobreprotegidos

Vicente Elustondo Iriarte.

Adaptación de TORO, Joseph: *Mitos y errores en la educación.*

Cumpliendo con nuestra oferta formativa para la familia, y al contar con la inapreciable colaboración del Departamento de Orientación del **Colegio Virgen de Atocha** de Madrid, iniciamos la puesta en la red de una serie de temas educativos.

Continuamos con el tema que titulamos "**Niños y niñas inmaduros, infantiles y sobreprotegidos**" que esperamos sea de vuestro interés.

Esquema

1. Qué entendemos por niños maduros
2. Los niños inmaduros, infantiles y amadrados.
3. Como llega un niño o una niña a ser inmaduro e infantil.
4. ¿Qué hacer?

1. Qué entendemos por niños maduros

Cuando hablamos de niños MADUROS, nos referimos a los que han aprendido habilidades importantes para moverse, hablar y conocer. Pero, dentro del contexto escolar, también y, sobre todo, a los que han aprendido habilidades sociales y emocionales importantes para relacionarse con el trabajo escolar, los profesores y los compañeros de la misma edad: cuidar de sí mismos en comida, vestido y aseo personal; obedecer y aceptar correcciones razonadas; renunciar o aplazar la gratificación inmediata y urgente sin sentirse demasiado dolidos, cuando sea oportuno; convivir con otros niños; enfrentarse a las dificultades, demandas y tareas de la escuela.



2. Los niños inmaduros, infantiles y amadrados

Algunos niños y niñas no han aprendido estas habilidades sociales y no se desenvuelven bien cuando salen del entorno familiar sobreprotector y se relacionan con adultos no sobreprotectores. Si los profesores del colegio, por ejemplo, ponen límites y dicen "NO" a sus caprichos más que en el entorno familiar; si piden esfuerzos que antes no se exigían para conseguir gratificaciones, estos niños pueden tener dificultades de adaptación.

Solemos llamar a estos niños inmaduros, infantiles, amadrados, consentidos, sobreprotegidos o malcriados. Algunos, pueden llorar al incorporarse al colegio, comer poco o mal, o tener problemas para atarse los cordones de los zapatos.

Caprichosos ante el trabajo, apenas se esfuerzan y trabajan de mala gana. No ponen todo lo que está de su parte para conseguir trabajos de calidad. Necesitan que alguien esté encima para hacerlo y tienen que enseñar sus trabajos enseguida al profesor y recibir mucho refuerzo y atención.

Les desconcierta la interacción con iguales cuando no hay adultos a la vista. Se sienten vulnerables en lugares en que se desplaza mucha gente: pasillos, escaleras y patios de recreo. No saben enfrentarse solos a los riesgos y adversidades corrientes del colegio ni defender sus derechos ante los compañeros que se acercan a ellos con actitudes agresivas. Piden ayuda llorando y mostrándose inválidos; se quejan excesivamente por motivos irrelevantes y solicitan demasiada intervención de los adultos ante sus compañeros.

3. Cómo llega un niño o una niña a ser inmaduro e infantil

La inmadurez de que hablamos en estas hojas depende sobre todo de prácticas de educación inadecuadas. En la mayoría de los casos, estos niños se han criado en un contexto sobreprotector. Habrán vivido alguna o varias de las situaciones que repasamos.

Es fácil que la madre, el padre o la abuela se hayan preocupado demasiado por la comida, introduciéndole la cuchara en la boca, ofreciéndole sólo líquidos, comida triturada o productos blandos; que hayan utilizado cuentos, canciones o mil y una triquiñuelas para que el niño coma. Todo ello, incluso después de que el médico hubiera descartado problemas gástricos.

Puede que hayan sido demasiado ayudados en el vestido. Aún disponiendo de habilidades motrices y cognitivas suficientes para ponerse los



pantalones, atarse los cordones del calzado o quitarse la camiseta, los padres retrasan el momento de encargárles esta tarea. Unas veces, porque no saben vestirse o desnudarse como a ellos les gusta. Otras, porque les han permitido un ratito más de sueño y ahora hay prisa para llegar al colegio a tiempo.

Es posible que hayan tenido o tengan miedo a separarse de sus padres; que se quejen y practiquen rituales para demorar esta separación, por ejemplo, al acostarse: vasos de agua, mimos, compañía, minutos en la cama de los padres.

Aunque es normal que todos los padres traten de evitar peligros innecesarios para sus hijos, los sobreprotectores suelen reducir en exceso el número y tipo de experiencias interesantes para el crecimiento de un niño: una excursión, encaramarse a una silla, un alarde en bicicleta. Para reducir riesgos, arrojan demasiado a sus hijos y les privan del ejercicio necesario para hacerse fuertes y atrevidos.

Estos niños tienen los deseos satisfechos; a veces, antes de llegar a formularlos. Consiguen gratificaciones materiales y sociales gracias a la sistemática benevolencia de sus mayores antes de hacer esfuerzos y méritos para alcanzarlas. Sus deseos son órdenes.

Consiguen también caprichos inconvenientes y perjudiciales. Peor aún, lo consiguen a base de conductas inmaduras: llantos, pataletas, arrebatos emocionales, arrumacos, empecinamiento testarudo, tretas. Cada vez que estas conductas logran beneficios, quedan reforzadas. Los niños volverán a hacer lo mismo y se harán habituales y consistentes.

Ejercen dominio sobre lo que les rodea y aprenden que los adultos no aguantan demasiado sin doblegarse.

Si nunca encuentran adultos que digan NO, no distinguen demandas razonables y caprichos; ni aprenden que los objetivos razonables cuestan y hay que merecerlos. Desconocen el gusto por los retos y las dificultades; carecen de motivación por el esfuerzo. No han aprendido a luchar para conseguir metas ni saben que hay obligaciones y deberes.

Tampoco aprenden que, cuando no se consiguen los deseos inmediatamente, uno puede aguantar la frustración sin quedar demasiado abatido, esperar otro momento mejor, utilizar estrategias diferentes y persistir si el objetivo vale la pena; renunciar, si los deseos eran demasiado egoístas.

Los adultos sobreprotectores impiden que sus hijos o alumnos jueguen y se reúnan con otros chicos iguales por temor a que les hagan daño o sufran algún percance. O, si les permiten relación con iguales, se quedan cerca supervisando la situación e interviniendo en exceso en la interacción espontánea de los niños. En situaciones de conflicto, reto y rivalidad, están a su lado. Responden por él y defienden sus derechos sin permitirle que lo haga él mismo. Justifican o explican sus fallos. Les sacan las castañas del fuego. Los



niños no aprenden habilidades importantes para relacionarse, aguantar bromas y resolver conflictos corrientes. O aprenden a depender de otros. En situaciones imprevistas en las que no estén presentes los adultos sobreprotectores, se sentirán solos, sin recursos, desamparados. Si los compañeros les gastan bromas porque son cobardes y siempre tienen que defenderlos los papás o los profesores, sentirán vergüenza y tendrán, finalmente, mala imagen de sí mismos.

4. Qué podemos hacer

Si tenemos indicios para sospechar que un niño ha sido o está siendo sobreprotegido, conviene comprender qué efectos ha tenido y tiene esta práctica educativa en su comportamiento actual, en el desarrollo de sus habilidades sociales, en sus problemas. Es importante prevenir riesgos o reducir los ya establecidos, y conseguir que el niño se desenvuelva con autonomía e independencia en cualquier circunstancia de la vida. Estamos a tiempo.

Las personas sobreprotectoras suelen serlo con muchas personas de su entorno (hijos, vecinos, esposos) y durante toda la vida. Es una conducta muy resistente al cambio, que cuesta mucho modificar. ¡Hay que tomárselo en serio!

Los padres y profesores que actúan de este modo suelen hacerlo para “darles cariño” y “que no les falte de nada”. Llenos de buena intención, no perciben los riesgos de esta manera de actuar. Pero, interpretan y aplican esos principios implicándose demasiado emocionalmente e invadiendo parcelas de desarrollo que sólo corresponden a los niños.

La conducta sobreprotectora se refuerza día a día. Estos padres y adultos suelen tener con frecuencia miedos y ansiedades relacionadas con la educación, la evolución y el futuro de sus hijos o alumnos. Cada acto sobreprotector reduce su ansiedad y sus temores y proporciona tranquilidad. Cada vez que sobreprotegen a sus hijos o alumnos, la ansiedad de los padres y profesores disminuye. La reducción de ansiedad refuerza, consolida y hace más frecuentes las conductas sobreprotectoras. Si no tienen cuidado, volverán a hacerlo porque les libra de preocupaciones y les reporta tranquilidad.

Hay circunstancias que acrecientan ese nivel básico de ansiedad y que incitan aún más a comportarse de modo sobreprotector: conflictos entre los padres, discrepancias sobre la educación, separación matrimonial, enfermedades de los hijos, consejos inadecuados de los profesionales, la circunstancia de ser hijo único, necesidades educativas especiales...

Las personas que sobreprotegen comparten unas cuantas concepciones típicas: “Si no le ayudara, no lo haría”. “Si no le diera de comer, se moriría de anemia”. “Si no le visto y le baño, no llegaría nunca al colegio a tiempo”. “Si no



le ayudo en las tareas, seguro que suspendía todas las asignaturas”. “Lo más importante, que sea feliz”. “De frustración, nada”. Estas concepciones son casi siempre equivocadas por exagerada generalización.

Además de los cambios en los adultos sobreprotectores, también cambiará la relación con los niños.

Valoremos que crecen, hacen cosas propias de niños de su edad. Exijamos razonablemente, sin ayudarles demasiado, confiando en ellos. Dejémosles que hagan sin ayuda todo lo que sean capaces de hacer solos. Fomentemos autonomía y valentía. Animémosles a que se sientan bien haciendo cosas atrevidas y costosas por su cuenta, sin que esté la mamá o el papá al lado.

Busquemos para ellos relación social con iguales. Es un medio educativo en sí mismo. Creemos ocasiones. Procuremos oportunidades y escenarios donde puedan ocurrir este tipo de relaciones: fines de semana, vacaciones, parque, actividades extraescolares, deporte. Propiciemos encuentros entre vecinos, primos, amigos.

Habrá que explicar al niño el cambio introducido en la relación. Le diremos que si los padres o profesores nos mostramos un poco más distantes y no le ayudamos en tareas o actividades en que antes ayudábamos; si le exigimos que haga solo cosas y tareas que antes se las hacíamos; si le animamos a arriesgarse y atreverse con tareas y situaciones de las que antes le separábamos y protegíamos..., no es porque le hayamos dejado de querer, sino porque le estamos queriendo de una manera más madura y responsable. Estamos atentos y dispuestos a ayudarlo, pero después de que él haga su parte. Ayudaremos a nuestro hijo o alumno a comprender esta saludable distancia. Le explicaremos que las exigencias y los favores recíprocos son señales importantes de cariño.